

y José salieron de Nazareth, y despues de haber andado treinta leguas, llegaron por fin á Belén. Su viaje fué feliz, pero al llegar á esta ciudad de su origen, se hallaron en un desamparo. Las casas estaban llenas de forasteros, y los dos esposos no hallaron una siquiera donde poder alojarse. No hay duda que esta era una disposicion del Cielo, que los fieles adoran con el mas profundo reconocimiento. ¡ Ah! Si los Judíos carnales hubieran querido entender que Jesucristo, aunque Rey de Israel é Hijo de Dios, no venia á conquistar imperios terrenos, sino á morir en el desamparo de una cruz por nuestros pecados, no se habrian escandalizado de tanta pobreza. María y José, conformes en todo con la voluntad del Señor, no se quejaron de este desamparo. Excluidas estas dos Prendas, las mas amables del mundo, de todas las posadas de la ciudad, solo hallaron un establo ó portal desmantelado, donde poder recogerse. En aquel desabrigo, tan propio para nacer un niño que habia de morir en una cruz, fué en el que nació el Hijo de Dios hecho hombre.

El veinte y cinco de diciembre del año cuatro mil de la creacion del mundo y cuarenta del imperio de César Augusto, hallándose lá santísima Virgen con su esposo san José en el establo ó portal de Belén, estando toda la tierra en aquel silencio y paz universal anunciados tantos siglos antes, cuando la noche se encontraba en medio de su carrera, segun estaban predicho en el libro de la *Sabiduría*, llegó el tiempo de dar á luz á su Hijo santísimo, y este Hijo eterno del eterno Padre nació, en cuanto hombre, á los nueve meses de haber encarnado en las purísimas entrañas de la santísima Virgen. Como esta Madre purísima no padeció aquellas debilidades á que estan sujetas las otras madres, se halló desde luego en estado de hacer por sí misma con su querido Hijo los oficios de la mas tierna y cariñosa madre. Le tomó trasportada de gozo en sus brazos; imprimió en su divino rostro sus purísimos labios; le envolvió en sus pobres

pañales; le fomentó en su regazo; le aplicó á sus pechos virginales para sustentar con su leche al que sustenta el universo con su palabra, y no teniendo cuna en que reclinarle ¡ qué pobreza! le reclinó en un pesebre. Allí con su amado esposo le adoró, como Hijo eterno de Dios, y le arrulló como Hijo de sus entrañas.

Visita de los pastores.

El primer suceso que refieren los Evangelistas despues del nacimiento del divino Niño, es la primera visita que le hicieron los hombres. Habia, dice san Lúcas, en los contornos de Belén unos pastores, que velaban y ciudaban de su ganado, y hé aquí que de repente se presentó junto á ellos un ángel. Al mismo tiempo les rodeó la claridad del Señor y tuvieron gran temor; pero el ángel les animó diciendo: No temais porque vengo á anunciaros una nueva, que será de gran gozo para todo el pueblo. Sabed que hoy os ha nacido el Salvador en la ciudad de David. Y ved aquí la señal para conocerle. Hallaréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al acabar estas palabras el ángel, se juntó con él una multitud de ángeles que alababan á Dios y decian: Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Quando los ángeles cesaron de celebrar el nacimiento del Hijo de Dios, los pastores, volviendo del enajenamiento en que habían estado al oirlos, se dijeron los unos á los otros: Vamos á Belén, y veamos esta maravilla que se nos acaba de anunciar. Corrieron, pues, á Belén, y hallaron en un establo á la santísima Virgen, á san José y al divino Niño reclinado en un pesebre, y conociendo por esto que era el Salvador que el ángel les habia anunciado, postrándose, le adoraron y le ofrecieron sus pobres y humildes dones con toda la ternura de sus sencillos corazones. Despues de una visita que

no habrá cristiano que no envidie, se volvieron á sus ganados, alabando y glorificando á Dios, y publicando lo que habian oído y visto, y todos se maravillaban al oír la relacion que les hacian los pastores.

Circuncision del Niño Dios.

Despues de esta visita pastoril, es decir, de la clase mas humilde y sencilla de los hombres, nos refiere el mismo Evangelista la dolorosa circuncision del divino Niño. Aunque el Inocente por esencia no estaba sujeto á esta penosa ley, impuesta á los pecadores, quiso no obstarle cumplirla como Redentor de los pecadores, y principiar derramando por ellos en la cuna aquella preciosísima sangre, cuyas últimas gotas habia de verter por ellos en la cruz. Á los ocho dias de haber nacido, fué circuncidado en cumplimiento de la ley, y se le puso por nombre JESUS, como lo habia prevenido el ángel á la santísima Virgen antes de concebirle en sus purísimas entrañas, diciéndola : Tendrás un hijo, y le llamarás *Jesus*, esto es, *Salvador*, porque salvará á su pueblo de sus pecados.

Visita de los reyes.

Apenas habian pasado cinco dias despues de la circuncision, cuando tres reyes del oriente, guiados por aquella milagrosa estrella que habia anunciado el profeta Balaan hacia ya mas de catorce siglos, llegaron á Jerusalem, preguntando : ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los Judíos? Porque hemos visto su estrella en el oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, se turbó y con él toda Jerusalem, y reuniendo á los principes de los sacerdotes, y á los escribas ó doctores de la ley, les preguntó dónde habia de nacer Cristo. En

Belén de Judá le respondieron : así está escrito por el profeta. Entonces Herodes, llamando aparte á los reyes del oriente, se informó cuidadosamente del tiempo en que se les habia aparecido la estrella, y despidiéndolos para Belén, les dijo : Id, buscad con toda diligencia al Niño, y luego que le halleis, avisádmelo para ir yo tambien á adorarle.

Los reyes, despues de haber oído á Herodes, se despidieron, y apenas salieron de Jerusalem, volvió á presentarse delante de ellos la estrella que les guiaba en su viaje, y que se les habia ocultado al entrar en la ciudad. Al verla, se alegraron sobremanera, y la siguieron atentos, hasta que se paró sobre el establo donde estaba el divino Niño. Entraron en este palacio extraordinario, en que habia nacido el Rey del cielo, y le hallaron envuelto en pobres pañales, reclinado en un pesebre, y sin otro acompañamiento, ni otra corte, que una jovencita y tierna madre, y un venerable varon, que parecia ser su padre. Á pesar de tanto desamparo y de tan extremada pobreza, ellos, alumbrados con la luz de lo alto, reconocieron en aquel Niño desamparado al Hijo del eterno Padre, y postrándose, le adoraron y ofrecieron dones preciosos y misteriosos ; á saber : oro como á Rey, incienso como á Dios, y mirra como á Hombre. Cumplida y consolada su esperanza con el divino hallazgo, satisfecha su piedad con el ofrecimiento de sus dones, y concluida con tanta felicidad la mas dichosa visita que jamás hicieron los reyes, trataron de volver á su tierra por Jerusalem, pero avisados en sueños por un ángel de que no se viesen con Herodes, tomaron otro camino y se volvieron á su patria sin tocar en la corte.

Purificacion de la santísima Virgen y presentacion de su divino Hijo.

La sagrada Familia permaneció en Belén despues de la visita de los reyes hasta los cuarenta dias del parto de la santísima Virgen, y pasados, subieron á Jerusalem á dar cumplimiento, como buenos Israelitas, á las leyes de la purificacion de la Madre y presentacion del Hijo. Es bien cierto que no tenia que purificarse la que era la pureza misma, y que habia dado á luz á su divino Hijo, quedando virgen despues del parto. Tampoco tenia necesidad de ser ofrecido este Hijo divino, que se habia ofrecido á su eterno Padre desde el momento de su Encarnacion: sin embargo, Hijo y Madre quisieron sujetarse á estas leyes, para darnos un ejemplo del respeto y obediencia que se merecen, y para evitar el escándalo que la falta de su cumplimiento podria ocasionar al pueblo de Israel, que ignoraba la exencion del Hijo y el privilegio de la Madre. La santísima Virgen, acompañada de su esposo san José, y con su divino Niño en los brazos, se presentó á la entrada del templo, y entregó al sacerdote su ofrenda, que era, segun la ley, dos tórtolas ó dos palominos. Como pobre no ofreció cordero, pero presentó en su querido Hijo el Cordero sin mancha, que venia á quitar los pecados del mundo. Entraron en el templo, y llegando al altar destinado para la consagracion de los primogénitos, presentaron el divino Niño á su eterno Padre, y dieron cinco siclos (como unas cinco pesetas) por su rescate.

Lo que pasaba ahora en el templo era una ceremonia comun y diaria á los ojos de los hombres, pero á los de Dios y los ángeles era un espectáculo divino. Entraba por primera vez en el templo el Dios del templo, hecho un Dios Niño. Una madre Virgen le llevaba en sus brazos virginales, y le colocaba sobre el ara; y este Unigénito del eterno Padre, se ofrecía á su Padre eterno como

una víctima destinada al sacrificio por los pecados del mundo. Mas como todo esto era oculto á los ojos de los hombres, y los mismos sacerdotes no conocieron al Salvador que tenian á la vista, su eterno Padre cuidó de darle á conocer por medio de dos almas sencillas.

Visita del anciano Simeon y Ana la profetisa.

Habia á la sazón en Jerusalem un anciano venerable, llamado Simeon, hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba con ansia la llegada del Consolador de Israel, y á quien el Espíritu Santo habia prometido que no moriría sin ver al Cristo del Señor. Este Justo vino entonces al templo, se acercó á la sagrada Familia con el mas profundo respeto, y tomando al Niño Dios en sus brazos, levantó los ojos al cielo, y exclamó: Ahora, Señor, dejad que vaya en paz vuestro siervo, porque ya vieron mis ojos vuestra salud... Cuando así bendecía á Dios el venerable anciano, estrechando con su pecho al divino Niño, llegó Ana profetisa. Era esta santa anciana de ochenta y cuatro años de edad, y estaba viuda desde el sétimo de su matrimonio. Vivía dedicada enteramente á la virtud y no se apartaba del templo, sirviendo á Dios día y noche en ayunos y oraciones. Esta piadosa Israelita, trasportada de gozo al ver con sus ojos al Salvador del mundo, principiò á alternar con Simeon en las divinas alabanzas, y glorificaba al Señor con toda la efusion de su corazon. Simeon, despues de haber tenido el consuelo incomparable de estrechar entre sus brazos al divino Niño, le entregó á su tierna Madre, y se retiró á acabar en paz sus dias. Tambien se retiró la profetisa publicando la venida del Mesías á todos los que esperaban la redencion de Israel; y la sagrada Familia, habiendo cumplido con todo lo que ordenaba la ley, se volvió, no á Belén, sino á la ciudad de su nacimiento, que era Nazareth.

Manda Herodes degollar los niños de dos años y abajo.

Lo que en esta ocasion habia pasado en el templo hizo ruido, y la noticia llegó á Herodes. Este rey, celoso y cruel, habia resuelto en su corazon la muerte del recién nacido Rey de Israel desde el momento en que se le anunciaron los Magos. Con este fin les habia encargado que se informasen bien del tiempo de su nacimiento, y esperaba que á su vuelta le dijese el paraje en que le habian encontrado; pero como los Magos no volvieron, creyó que todo habia sido una credulidad de estos reyes, y que al verse burlados no se habian atrevido á pasar por su corte. Mas ahora que se habla tanto otra vez del recién nacido Rey, conoce que no fueron ellos los burlados, sino él. Con esto se irrita sobremanera, y en su furor da una órden aun mas cruel que la de Faraon en Egipto. Manda que sean degollados, sin excepcion, todos los niños que se hallen en Belén y toda su comarca de dos años de edad y de ahí abajo, contando con que en esta manzanza general pereceria necesariamente el Rey recién nacido; pero no hay consejos contra Dios.

Huida de la sagrada Familia á Egipto.

Apenas habia llegado á Nazareth la sagrada Familia, cuando un ángel se apareció en sueños á san José, y le dijo: Levántate, toma al Niño y su Madre, huye á Egipto y estáte allí hasta que yo avise, porque sucederá, que Herodes busque al Niño para matarle. Inmediatamente se levantó José, y tomando al Hijo y á la Madre, huyó á Egipto y permaneció allí hasta la muerte de Herodes.



Degollacion de los niños.

La órden de este rey cruel se puso en ejecucion, y todo rebosaba sangre en Belén y sus contornos. La matanza era horrorosa. Cerca de catorce mil niños fueron degollados. Los clamores de los padres, los alaridos de las madres, los gritos de los hermanos y los llantos de los parientes, resonaban á un mismo tiempo por todas partes, mientras que los tiernos niños eran segados como botones de rosas, y encharcaban con su sangre inocente las casas, las calles y las plazas de Belén y sus comarcas. Así se cumplia á la letra lo que habia profetizado Jeremías seis siglos antes: En lo alto se oyó una voz de llanto y de llanto de Raquel, que llora sus hijos, y que no quiere ser consolada sobre ellos, porque no existen.

Muerte de Herodes.

No sobrevivió mucho el tirano á esta carnicería. Aun humeaba la sangre de esta multitud de tiernas é inocentes víctimas, cuando le asaltó la enfermedad de la muerte. Su cuerpo comenzó á podrirse y á brotar por todas partes (hasta por la cara, dice Josefo) un hormiguero de gusanos, que cebados en su carne, medio podrida, le comian vivo. Sus dolores eran tan crueles que, no pudiendo sufrirlos, quiso matarse muchas veces; y la hediondez que exhalaba, era tan insoportable, que nadie podia acercarse á él. Devorado en vida por asquerosos insectos, murió en fin desesperado, despues de haber sufrido cerca de dos mes tan horribles tormentos.

Vuelta de la sagrada Familia.

Muerto Herodes, el ángel del Señor, que habia preve-

nido á san José, que se estuviese en Egipto hasta que le avisase, volvió á presentarse, y le dijo : que tomase al Hijo y á la Madre, y se volviese á la tierra de Israel, porque habian muerto los que buscaban al Niño para quitarle vida. No nos dice el santo Evangelista el tiempo que la sagrada Familia estuvo en Egipto, y los santos Padres estan muy divididos en este punto. Lo que parece cierto es, que no fueron mas de siete años ni menos de cuatro. Tampoco nos dice lo que la sucedió en su ida y permanencia en Egipto; pero cuida de notar que á su vuelta se cumplieron á la letra estas palabras que Dios habia puesto muchos siglos antes en boca de uno de sus profetas : *De Egipto llamé á mi Hijo*. San José emprendió luego su viaje; mas habiendo sabido que en Judea reinaba Arquelaos, en lugar de su padre Herodes, temió ir allá, y avisado en sueños por el ángel, se dirigió á la Galilea, y fué á establecerse en Nazareth. En esta ciudad habian vivido san José y la santísima Virgen; en ella encarnó el Hijo de Dios, y en ella vivió despues esta sagrada Familia hasta los treinta años de Jesucristo para que tambien se cumpliese lo que habian dicho los profetas : que se llamaria Nazareo, esto es, morador de Nazareth.

Pierden al Niño sus padres y le hallan en el templo.

Todos los años iban sus padres á celebrar la Pascua en Jerusalem, y cuando el divino Niño llegó á los doce, fué tambien con ellos. Concluidos los siete dias que duraba la solemnidad, y volviéndose sus padres á Nazareth, el divino Infante se quedó en Jerusalem, sin que aquellos lo advirtiesen. Creyendo que iba en la comitiva, anduvieron camino de un dia, hasta que por la tarde, se encontraron con la falta de su querido Hijo. Esto parecerá lo descuido muy notable en los padres de Jesus, pero así lo queria este Dios Niño, y á él tocaba ordenar y dirigir los sucesos. Fuera de que, esta pérdida del Niño no fué un

descuido. En la ida y vuelta de esta solemnidad caminaban separados los hombres de las mujeres (¡ pluguiese al Cielo que se conservase tan bella costumbre entre los cristianos !), y no se reunian los matrimonios y familias hasta la tarde, al entrar en la posada. Como el tierno Infante por su su edad podia ir en la tropa de los hombres, ó de las mujeres, la santísima Virgen pensó sin duda que el Niño iba con su padre, y éste que iba con su Madre, y así no advirtieron la falta hasta que se reunieron. Entonces, afligidos en extremo, principiaron á buscarle entre los parientes y conocidos, y no hallándole, se volvieron presurosos y asustados á Jerusalem, donde le hallaron, despues de tres dias, sentado en el templo en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, y teniendo á todos asombrados con su prudencia y respuestas.

Solo sus queridos padres podrian hacer la pintura, tanto de la inmensa pena que anegaba sus corazones mientras duró la pérdida de su amado Hijo, cuando del inmenso gozo de que fueron inundados cuando volvieron á hallarle. Reunida ya tan felizmente la sagrada Familia, se volvieron á Nazareth, donde el divino Infante vivió sometido á sus padres, como el Hijo mas humilde y obediente, hasta la edad de treinta años que principió la carrera de su predicacion, sin que de todo este tiempo nos hablen ni una sola palabra los sagrados Evangelistas.

Porqué no principió Jesucristo su predicacion hasta los treinta años de su vida.

Admira ciertamente que habiendo venido el Hijo de Dios, á iluminar el mundo con su celestial doctrina, á desagrar á su eterno Padre con sus profundas humillaciones y á reconciliarle con los pecadores, padeciendo y muriendo por ellos; admira, repito, que pasase treinta años sin poner mano en la obra á que habia sido enviado. Mas es preciso confesar que así convenia, puesto que

se portaba el Hijo del Altísimo; y tambien es necesario conocer que esta vida retirada que hacia en Nazareth, no era menos agradable á su eterno Padre, que la vida pública con que habia de asombrar despues á Jerusalem. Por otra parte, conviene tener presente que era costumbre, pero luego que llegó á esta edad, que era el tiempo señalado en los decretos eternos, para predicar á los hombres el reino de Dios, salió de su precioso retiro, y principió su vida pública.

Su principal mision era á los hijos de Israel.

En los consejos del eterno Padre estaba decretado que la predicacion de su santísimo Hijo no se oyese, durante el curso de su vida mortal, fuera de la tierra escogida; ni sus prodigios se viesen fuera de sus límites. El Salvador de los hombres no era enviado á recoger por sí mismo sino las ovejas perdidas de la casa de Israel. Yo no he sido enviado, nos dice por san Mateo, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Jesucristo era el ministro de la Circuncision, y si alguna vez se le vió salir del término de la tierra prometida, esto solo fué de paso y como para indicar que todos los hombres eran un rebaño que le pertenecia.

Como se conocian Jesucristo y Juan antes de la predicacion.

Juan y el Hijo de Dios hecho hombre, habian dado señales desde el principio de su mutuo conocimiento, pero no se habian hablado, ni aun visto. Es verdad que el Maestro santificó al discípulo en el seno de su madre, y que el discípulo adoró al Maestro en el seno de la suya, mas despues permanecieron retirados, el uno en la casa de sus padres, y el otro en la soledad de los desiertos,

donde cada uno se preparaba á su modo para la ejecucion de los designios de Dios. Estos eran, que Juan como Precursor fuese delante, preparando los caminos al Redentor que habia de seguirle.

Principia Juan su ministerio.

El año décimoquinto del imperio de Tiberio César, cuatro mil veinte y nueve y seis meses de la creacion del mundo, veinte y nueve y seis meses de Jesucristo, y treinta de san Juan; siendo Poncio Pilatos procurador de la Judea; Herodes hijo del primer Herodes, tetrarca ó gobernador de la Galilea; Filipo, hermano de este segundo Herodes, tetrarca de la Iturea y de la Traconítide; y Lisaniás, tetrarca de la Abilina, siendo Anás y Caifás príncipes de los sacerdotes, vino la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Juan debia manifestarse al público antes que Jesucristo, de quien era Precursor, y luego que llegó el tiempo de cumplir su ministerio, salió de las soledades del desierto para disponer al pueblo á recibir el Evangelio ó buena nueva por medio de la penitencia.

Su comida, bebida y vestido.

Nada mas á propósito para conseguir esta, que el lugar que escogió para persuadirla, y el traje en que la predicaba. No eligió Juan un gran teatro, como lo seria Jerusalem para dar principio á su celo, sino aquella parte de la Judea, llamada comunmente campiñas del desierto, donde se contaban pocas ciudades, pocos lugares grandes, y muchas aldeas, casi despobladas. En esta especie de soledades, extendidas por la ribera occidental del Jordán, fué donde se vió aparecer el enviado del Cielo, bien semejante á los antiguos profetas, pero superior

á ellos. Su vestido era un áspero cilicio, tejido de pelos de camello, y ajustado á su cintura con una correa de cuero. (Á este modo habia sido el vestido del gran profeta Elías, de quien tenia Juan el espíritu.) Se abstenia de comer carne y pescado, y su alimento se reducía á algunas langostas, que le suministraban los bosques y las cavidades de las rocas, y á un poco de miel silvestre, que corria por las aberturas de los árboles. Su bebida era el agua del Jordán, de donde apenas se apartaba, y la escasez de su sustento era tal, que se dice en san Matto, que Juan no comia ni bebia.

Tanta austeridad y retiro no es siempre necesario á los predicadores, y algunas veces aun no es conveniente, como lo vemos en el ejemplo del mismo Jesucristo, que comia y bebia hasta con los pecadores: sin embargo es una verdad, hablando generalmente, que la frecuencia del mundo desacredita casi siempre á los que anuncian la palabra del Señor. Como la disposicion de los Judíos era á la sazón tan mala, convenia que Juan la moviese con este aparato de penitencia, y no era poco, si la austeridad del predicador lograba atraer algunos pecadores á la penitencia.

Su predicacion y bautismo.

Revestido de esta austeridad, y abrasado de celo, se adelantó el nuevo Elías á las márgenes del Jordán, donde dió principio su predicacion. Apenas hablaba mas que de conversion y penitencia, pues por la reforma de los corazones convenia abrir la puerta al Evangelio. Reprendia á los pecadores sus desórdenes, y los exhortaba á que recibiesen el bautismo, que habia establecido, no sin orden del Señor, para que fuesen como una profesion pública de su fe y esperanza, y un empeño de mudar de costumbres. Animaba á los que se llegaban arrepentidos á confesar sus pecados, y rogaba al Señor que

apartase de ellos los castigos que merecian y se dignase perdonarlos.

La costumbre de confesar los pecados era muy antigua en la nacion, como se ve en el *Levítico* y en los *Números*, y san Juan no hizo sino fomentarla.

Su sobrenombre de Bautista.

Acabada la confesion de los pecadores que se acercaban á él, los bautizaba, les daba las instrucciones convenientes á su estado, y les animaba á esperar del Señor el perdon. De esta ceremonia tomó Juan el sobrenombre de *Bautista*, y con él fué conocido despues en toda la nacion. Sus discursos nada tenian de estudiados. Sencillos y eficaces al mismo tiempo, solo se dirigian á convertir el corazon con la humillacion del espíritu. La pintura de los castigos del pecador, junta con la esperanza del perdon, eran el medio de la mudanza que esperaba causar en sus oyentes. Su moral era pura y exacta, sin que tuviese nada de imprudente ú ofensiva, y la conclusion de sus discursos era siempre: *Haced penitencia.*

Dirige una correccion terrible á los fariseos y saduceos.

Como el santo Precursor advirtiese, que no solo el pueblo, sino tambien los soberbios fariseos y los corrompidos saduceos se mezclaban entre la muchedumbre para oírle y le pedian tambien el bautismo, enardecido contra su hipocresía; raza de víboras, les decia, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira venidera? Si estais verdaderamente movidos de la penitencia, haced frutos de penitencia. No os ensoberbezcáis, diciendo en vuestro corazon: Nosotros somos hijos de Abraham, y Dios nos librárá; porque poderoso es el Señor para formar de

estas piedras hijos de Abraham, á quienes salve, dejando que perezcáis vosotros. Velad, pues, con mas cuidado que nunca; porque la segur está ya puesta á la raíz del árbol, y todo árbol que no lleve buenos frutos, será cortado y arrojado en el fuego. Estas terribles amenazas, si no hacian una grande impresion en la soberbia de los fariseos y saduceos, la hacian en la muchedumbre y hasta en los pecadores públicos, y se veian venir hombres metidos en las profesiones mas peligrosas á pedir la penitencia y el bautismo. Penetrados de un santo temor, se acercaban despues del sermón al Predicador; ¿y qué es, le preguntaban con ansia, que es lo que nos conviene hacer para aplacar al Señor? Entonces el santo Bautista, lleno de bondad y de amabilidad, les daba las mas santas instrucciones, y concluía diciendo: El que tiene dos vestidos, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga lo mismo.

Toda clase de gentes viene á pedirle reglas para vivir bien.

Llamaban publicanos los Israelitas á aquellos Judíos que recogian los caudales que el pueblo pagaba al Estado, y venian á ser los alcabaleros de la nacion. Los Israelitas, celosos en gran manera de su independencia, aborrecian á estos cobradores, no porque este empleo fuese malo en sí mismo, sino por el odio que profesaban á los señores que los comisionaban, que eran los Romanos. Estos publicanos vinieron á ser bautizados, y dijeron al santo Bautista: Y nosotros ¿qué harémos? Nada exijais mas, les contestó, de lo que os está ordenado. Tambien vinieron los soldados diciendo: Y nosotros ¿qué harémos? Á nadie ultrajeis ni calumnieis, les dijo: y estad contentos cada uno con su estipendio. En una palabra, toda clase de gentes que venian á proponerle las dudas de su conciencia y á pedirle reglas

para vivir bien, eran recibidas con amabilidad; á todos respondia con dulzura y á todos despachaba contentos. Ellos se volvian bendiciendo al Señor; y muchos, enamorados de tan bello maestro, se quedaban con él de discípulos.

Sospecha el pueblo que Juan es Jesucristo, y Juan le desengaña.

Fueron las cosas tan adelante en este punto, que llegó á juzgar el pueblo y á sospechar cada uno en su corazón si san Juan sería el Mesías; pero esta opinion, tan favorable á su persona, fué lo mas insoportable que sufrió el santo Bautista en toda su vida. No pudo tolerar que se hiciese comparacion entre un Hombre Dios, y un puro hombre, aunque fuese un Bautista, y todo el tiempo se le hacia largo para desengañarlos. No, exclamó en medio del concurso; no, hermanos míos, no soy yo el Mesías á quien esperais. No os engañeis, no paseis mas adelante. Vendrá despues de mí otro mas poderoso que yo, cuyo calzado no soy digno de llevar en mis manos, ni aun de desatar, postrado, las correas de sus zapatos, Yo os he bautizado en agua, mas Él os bautizará en el Espíritu Santo. Discernirá los buenos de los malos, y semejante á un labrador, traerá el biello en la mano, limpiará su era, juntará el trigo en su granero (en su eterna gloria) y arrojará la paja á un fuego inextinguible (á un fuego eterno). Ese es el Mesías. Así daba á conocer san Juan á Jesucristo á los que venian á oírle. Se le representaba como soberano Dispensador de bienes y males, como distribuidor de castigos y premios; y en suma, como Hijo único de Dios á quien su amado Padre habia dado todo el poder de juzgar á los hombres y de salvarlos ó condenarlos. En estas ocupaciones continuó el Precursor cerca de seis meses. Anunciaba al Mesías, preparaba á los Judíos para que le recibiesen.